

Isabel Pérez van Kappel

H. M. van den Brink, *Aurora schrijft*

I Aan boord, hoofdstuk 9, bladzijden 90 - 96

Se ha llevado las cartas al salón. Tampoco hoy, último día a bordo, se va a dejar ver el capitán, de eso está convencido Pla. Así que puede dejarlas junto a su plato y deshacer torpemente el nudo de la cuerda que las mantiene unidas. El camarero-cocinero, o el cocinero-camarero, ha traído una tortilla francesa, plegada dos veces, de un bonito color amarillo y con bordes marrón claro. Pero cuando le mete el cuchillo, ensarta un trozo con el tenedor y estudia el contenido, descubre en el interior del viscoso alimento unas motas verde mate, pequeñas pero inconfundibles. No se les habrá ocurrido... ¡Pues claro, por supuesto, que lo han hecho! También hace dos días que sirven en mangas de camisa. Ya no se mantienen ni las apariencias: aquí, en el barco, rigen normas en ocasiones incomprensibles y, sobre todo, bastante variables.

Se escancia un buen chorro de vino del Penedès y mezcla el primer sorbo con un bocado de huevo y judía verde triturada. Mira la etiqueta de la botella. El nombre del viticultor y el pago de origen certificado no son más que palabras sobre el papel. Tras ellas puede ocultarse un bebestiajo que, a pesar de todo, procura una experiencia agradable. Los «escritores del vino» son los periodistas más fáciles de engañar. Si alguien lo sabe, ese es Pla, que procede de la capital del corcho. Alza la copa y hace girar el líquido, lo que ellos denominan «agitarlo». Prueba un segundo trago, contrae la boca, paladea con los labios y emite su veredicto en voz alta:

—¡Establo!

Lo que puede tanto indicar satisfacción como significar su desaprobación.

La letra de Aurora es de caligrafía escolar, pero no demasiado torpe. Hace más de un cuarto de siglo que la vio por primera vez, probablemente en una lista de la compra y seguro que, entonces, no le prestó la menor atención. Ahora, al observarla, ni siquiera tiene que dejar que le penetre el sentido de los vocablos, le basta con ver su nombre y su dirección en el sobre para ponerse a pensar en los dedos de la mujer. Las

líneas ascendentes y descendientes, los bucles henchidos, las estrechas aperturas de las es y las aes, las amplias oes, todo aviva su deseo.

Toma la carta superior del montón y la despliega. Se concede primero una mirada a las palabras, a la manera en que están repartidas por la hoja, saborea un significado suelto aquí y allá, tienta y abandona, se retira y se vuelve a aproximar.

Suspira, empieza a leer de principio a fin, despacio: la página no debe acabarse demasiado rápido.

No le importa el estilo, ni tampoco la ortografía o la gramática. No le molesta que Aurora cometa faltas. Lo único que le interesa es la mención conjunta de unas palabras con otras, la forma en que se enlazan diversas partes del cuerpo, la descripción de un acto, o solo de su estímulo, para que él pueda seguir fantaseando. Lo que escribe son una especie de *collages*, fragmentos que no siempre tienen una conexión lógica, obscenidades seguidas de noticias triviales sobre la vida en Buenos Aires. Pla no cree que se trate de una composición estudiada, pero las palabras y las frases sí producen ese efecto. Pasea por una ciudad nueva, pero siente aquí también las miradas concupiscentes que le lanzan y que ella devuelve con descarado o exagerado pudor, bambolea las caderas, vuelve a casa, es verano, tiene calor, se desviste, se estira y le escribe sobre todo esto. Todas las cartas contienen pequeñas variaciones sobre los mismos temas pero, aunque no puede por tanto esperar grandes novedades, esto no cambia en nada su anhelo de recibir, cada vez, un sobre nuevo. Incluso aquí, en el sofocante salón, entre armarios con periódicos viejos y fotografías enmarcadas de petroleros, sentado en la silla atornillada al suelo, con la tortilla enfriándose lentamente sobre la mesa, con la copa de vino de calidad indefinida en la mano, la lectura y la relectura de las misivas le producen un escalofrío, un estremecimiento de puro placer.

¿Habrá también allí, donde vive ahora, en ese arrabal de Buenos Aires, un espejo de cuerpo entero? El anterior se quedó en L'Escala. Recuerda la primera noche tras su partida. El trasto ese había atrapado un rayo de luz de luna que se había colado por una rendija de la contraventana y reflejaba parte de la cama en la que estaba tendido. Un escritor de ficción habría reconocido inmediatamente las posibilidades dramáticas del escenario. Un personaje de novela se habría levantado para golpear con la mano ese trozo de vidrio y, probablemente, herirse hasta sangrar y, de tratarse de un bodrio y no de una obra de estilo más sublime, el héroe se habría cortado después las muñecas con las esquirlas, para desplomarse pronunciando una vez más, desesperadamente, el

nombre de ella. Este es un tipo de escenas que Pla no se ha tomado nunca en serio y no entiende que haya adultos que gusten de leerlas.

En realidad, al principio, él no hizo nada. Estaba cansado tras la despedida de Aurora, que se había ido con los dos mismos bolsos —solo un poco más llenos—, con los que había llegado casi cinco años atrás. También llevaba el abrigo que usaba entonces, pero en aquel momento no resultaba extraño que fuese tan grueso, porque ya era noviembre.

Aquella noche estaba igual de desvelado que en otras ocasiones, pero no tenía que quedarse sentado a la mesa. Podía ir a tumbarse en la cama, tumbarse en la cama para beber, tumbarse en la cama en la que ella ya no yacía. Comprobó la vacuidad del espejo. No había nada más que decir. Al día siguiente cargó con él hasta la planta baja, donde seguía, entre la leña, los restos de aperos y el equipo de pesca repudiado, cuando abandonó definitivamente la casa para instalarse en la amplia masía de Llofriú.

Sorprendentemente, era incapaz de reconstruir los acontecimientos que habían conducido a la partida de Aurora, y menos aún como una concatenación de causas y efectos. Se marchó tan de repente como había llegado. Sin exponer una razón, salvo que «veía un futuro diferente para ella».

Él, sin embargo, no se ocupaba nada del futuro. El presente era por entonces suficientemente extenso como para obviar cualquier pensamiento sobre el momento en que él pusiera fin a la relación. Con ella había comido y había tenido sexo. Había escrito mucho y leído mucho, sobre todo de noche. A menudo dormía hasta bien entrada la tarde. En invierno ella se acurrucaba junto a él, en verano pecaban prácticamente desnudos en la azotea. Era una situación que le convenía, que, si de él dependiera, podía seguir vigente todavía por un tiempo.

Por supuesto, no habían faltado las irritaciones: era desordenada y no recogía la casa, algo que él no podía soportar. ¿Pero, desavenencias? Nunca las habían tenido y ella tampoco las refirió. No alegó ningún motivo para su decisión, no le echó nada en cara.

Así que no le quedó más remedio que ser *él* quien lanzara los reproches. ¿Es que no estaba bien con él? ¿Acaso no la había acogido en su casa, dado de comer y de beber? ¿No disfrutaban juntos de noches maravillosas?

Ella seguía sin contestar. Ni un diálogo, ni un solo argumento de ida y vuelta en el que ponerse, o no, de acuerdo. Las dos caras de la verdad que tanto complacen a los

lectores de historias inventadas, la persistente incertidumbre, esa ambigüedad que se toma por profundidad, no hubo nada de todo eso. Solo se oía hablar a sí mismo, sin obtener reacción alguna. Ella ya había hecho las maletas. Se volvía a Barcelona, a casa de su hermana. Se oía hablar a sí mismo, y se daba cuenta de que era en vano.

Así que puso una condición a su partida.

Quería seguir viéndola.

Ella aceptó sin dudar y se fue. Con el abrigo puesto, un bulto en cada mano, la puerta que se cierra, los pasos bajo la ventana.

Cuando, más tarde, volvía a considerar la marcha de Aurora, recordaba ese sonido nítido de los zapatos de tacón sobre los adoquines del callejón, solo por un instante, y ya se había ido. Y también se acordaba de que era un bonito día de otoño, de poco viento. En el puerto, el agua estaría en calma y los hombres mayores contando sus historias sobre capturas exiguas o abundantes, acantilados traicioneros, tormentas en el mar.

La palabra «amor» es de tierra adentro y aparecía muy de cuando en cuando en los relatos de los viejos, y siempre vinculada a algún drama en el que aparecían traiciones, robos, un asesinato atroz, uno de esos sucesos de los que se sigue hablando durante décadas. En esas anécdotas, el amor era más un tapaboca que una explicación, una palabra que provocaba miradas significativas o encogimientos de hombros que dejaban claro que no había nada sensato que decir al respecto. No cuando se trataba de mujeres. Al amor al mar, a un barco o a un animal no se lo llamaba así, porque tenía sentido, era concreto.

Pla pensaba igual. El amor era una abstracción absurda, una palabra que no quería decir nada. No recordaba haberla utilizado nunca en relación con Aurora, ni en ninguna conversación con ella. Si lo había hecho, sería para negar haber estado enamorado alguna vez. Sí que había brindado, de vez en cuando, sus consideraciones sobre el matrimonio. Lo había tildado de paz armada y, en el mejor de los casos, de artificio consumado, comparable al que realizan los buenos cocineros cuando logran un plato basado en la combinación de opuestos, como aves y frutos del mar. El matrimonio de sus padres no había sido tan ejemplar pero, en la cocina, la señora de Pla había dado muestras de mucha paciencia, se daba maña para ligar en la cazuela un guiso de pollo con langosta, preparaba un *sofregit* perfecto.

Sentado a la mesa, con la tortilla prácticamente sin tocar y un pequeño abanico de cartas ante sí, Pla se da cuenta de que le falta no solo la paciencia, sino también la salsa.

Están los textos que han surcado el océano de ida y vuelta.

Están las anotaciones en su diario: «sin carta de A.» —a veces cinco días seguidos— y, luego: «carta de A.: decepcionante». En conjunto, insuficiente para un relato. Comprende que, para darle sentido, se necesita algo más. Se vuelve a servir vino, aparta el plato y los cubiertos.

Había algo que se le escapaba, algo que revoloteaba, inaprensible, por el aire y que se le escabullía entre las mallas de su posible texto. Ahí lo tienes. En cuanto asoma la palabra «amor», aparecen también en escena las metáforas, con sus absurdos ropajes.

Ese día de noviembre de 1945 ya no salió de casa; se acostó en la cama con una botella y pasó una última noche en compañía del espejo.

II In huis, hoofdstuk 1, bladzijden 123 – 127

El taxi aparece con un suave giro en el patio. Una gallina indolente escapa revoloteando en el último instante de una rueda delantera.

Solo con ver cómo desciende del coche noto que ha envejecido. Se apoya en una mano para levantarse del asiento, con la otra se agarra a la parte superior de la puerta. Pero no hay duda de que es él. La cara ancha, el cuerpo compacto de piernas arqueadas, la forma de erguirse y de mirar a su alrededor reconociendo el entorno antes de dirigir la mirada hacia la casa, hacia mí casa, el destino de su viaje. Algunas cosas no cambian con la edad. Pertenecen tanto al cuerpo como al carácter. Y sí, viene por mí.

Su pelo se ha vuelto cano, o canoso, mejor dicho, porque el negro intenso no ha desaparecido del todo en algunos mechones. Lo tiene rígido y vencido hacia un lado, de manera ridícula. Está claro que, durante el trayecto, ha abierto la ventanilla por el calor, porque aunque es bastante temprano, las nueve, más o menos, calculo yo, el sol lleva un par de horas abrasando y por eso ahora, con esos pelos tiesos y a pesar del traje oscuro y la corbata, parece como si del taxi bajara un viejo payaso.

Mientras Pla se libera del coche con dificultad, el conductor ha rodeado rápidamente el vehículo y ha sacado del maletero su bolso de viaje de cuero. Que también me resulta familiar.

Es ahorrador, no suele deshacerse de las cosas.

Prefiere llevar un traje viejo de su hermano o de su editor, en lugar de comprarse algo que le siente mejor.

De ordinario deja que otro pague la cuenta en el café o en el restaurante.

¿He dicho ahorrador? Tacaño, eso es lo que es. Si lo sabré yo, que estuve haciéndole la compra durante unos cuatro años. Me daba el dinero justo para comprar lo que ponía en la lista. Justo, según él. Si el carnicero cortaba un trozo de carne demasiado grande, luego yo tenía que suplicar que me fiaran la verdura o el pan.

Nunca dije nada, no me gustan las peleas. Y nunca le guardé rencor por ello. Tampoco ahora. Pero no he olvidado nada.

Nunca olvido nada. Sería exagerado decir que los recuerdos son mi capital, pero la verdad es que ni poseo casi nada más. Mi memoria es como una olla de hierro fundido, puesta a fuego lento, a la que se van añadiendo poco a poco nuevos ingredientes: verduras, arroz, carne y huesos, hierbas aromáticas. Las comparaciones no encajan nunca exactamente, me enseñó Pla. Es verdad. La olla o la cazuela no se llenan nunca del todo, siempre cabe algo más. Pero el sabor de lo que contienen sí que cambia.

Esto es más o menos lo que pienso, pero de manera más desordenada, mientras él se apea del taxi. Estoy dentro, en la penumbra, justo detrás del vano de la puerta, protegida por la gasa desvaída que se ha vuelto a rasgar en varios puntos.

Abona el trayecto, le entregan su equipaje. Abro la puerta mosquitera y cruzo el umbral. Ahora él también me ve.

Mientras se dirige hacia mí con pasos torpes de hombre viejo, alza la mano. Un gesto jovial. Como si saludase a un familiar o a una vecina a la que hubiese visto ayer.

Pero ha pasado mucho más tiempo. Casi veinte años.

Unos pasos más, un peldaño arriba y ya está delante de mí.

Le han salido arrugas en la cara, que se ha vuelto menos firme y algo más ancha. No era ninguna hoja en blanco cuando lo conocí, pero ahora tiene aún más surcos y manchas en la piel. Se ve en las mejillas que se ha afeitado sin cuidado, pero eso no es ninguna novedad. Le dedica demasiado poco tiempo a su aseo, pasa por alto algunas

zonas con la navaja de afeitar, olvida cortarse las uñas. Sigue sin importarle que los demás tengamos que verlo.

Sus ojos parecen haberse achicado. Pero siguen brillando igual que antes, avispados, siempre dispuestos a cerrarse un poco más, de gusto por una broma o por un comentario sarcástico suyo que él mismo considera muy acertado.

Así está ante mí.

Puedo olerlo. Y él a mí.

—Hola, Aurora —saluda. Su voz no ha cambiado. ¿Tendrá una dentadura nueva?

Lo agarro, lo estrecho entre mis brazos.

Me he comprado un vestido nuevo y me lo he puesto para él.

En cuanto entra Pla, el perro se pone a ladrar y las cotorras a gritar. Sabe que tengo animales, los he mencionado bastante a menudo en las cartas. Pero no está preparado para semejante alboroto. Se arredra. Y eso me produce un placer secreto.

Pla considera que los animales existen para ser comidos u observados a distancia. Sobre la comida es capaz de hablar durante horas. Una paloma posada en un árbol le satisface como parte del paisaje.

Pero no le gustan los animales. Jamás le vi acariciar a un gato o a un perro. Y tampoco a un niño, ahora que lo pienso.

Tenemos dos perros y cuatro o cinco gatos, a veces alguno más cuando hay una camada; de vez en cuando los gatos desaparecen durante días, luego vuelven de repente y, como si nada, me camelan para que les dé de comer, se restriegan contra mis pantorrillas, me saltan al regazo. Les adulo, y ellos a mí.

Y pájaros, claro: dos papagayos y toda una bandada de cotorras de Kramer, tantas que ya no caben en las jaulas. Así que las he dejado abiertas. Me gusta contemplar cómo vuelan las aves por la habitación. Cuando se posan sobre la formica de la mesa del comedor apenas si consiguen mantener el equilibrio con sus pequeñas y duras garras y, a pesar de todo, lo hacen una y otra vez: aterrizan, se tambalean, rascan hasta incorporarse en busca de comida en los platos que no están del todo vacíos.

El revoloteo me divierte, me río con sus alaridos y peleas, y sus excrementos no me molestan, porque he encontrado una solución. He puesto periódicos viejos en el suelo de la sala y de la cocina. Sobre el televisor cuelga una mantita de lana, cubierta de costras blancas y grises.

—Bueno, bueno —dice Pla, una vez sobrepuesto y después de haber reconocido una vez más su alrededor, de esa manera suya tan típica, girando la cabeza y el cuello casi con tanta facilidad como un papagayo—. Lo has dispuesto todo a tu gusto.

Los dos sabemos qué quiere decir.

Considera que tengo que agradecerle a él que yo tenga una casa propia. Su dinero, a fin de cuentas.

Pero no soporta a los animales y a buen seguro que también desapueba la decoración. Peor para él, ya no puede hacer nada ni tiene nada más que decir al respecto.

—¿Has tenido buen viaje? —le pregunto, como si no me hubiese dado cuenta de todo lo que pasa por su cabeza.

—Viajar expande nuestros horizontes...—responde él, mientras sigue observando su entorno.

Los gatos apenas si levantaron la cabeza cuando entró. Están acostumbrados al ruido de los pájaros. La visita no les parece nada excepcional. Así que vuelven a juntar los párpados, esconden sus hermosos hociquitos bajo las manos y siguen durmiendo. Salvo uno, el más pequeño.

—...y resulta cansado, cada vez más cansado.

Mientras Pla suelta un suspiro profundo y posa su bolso de viaje, el gatito se desliza hasta él. Olfatea el cuero viejo y se refriega contra una pernera oscura realizando unos movimientos lujuriosos que dejarán pegados un montón de pelos blancos.